

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Greca — José María Delgado

Diciembre de 1922.

N.º 54 — Año VII.

GLOSAS DEL MES

Max Nordau

No podrá escribirse la historia del movimiento de las ideas en nuestro tiempo, sin dar sitio principal a este que fué hombre de sabiduría vasta y activa.

Acaso en la manera principal de su actividad, queremos decir en su labor crítica, radicó el motivo de no ser más constructiva su inteligencia; pero la honradez que enfervorizó su palabra, la calidad potente y depurada de los extremos que sostuvo, danle punto de sazón bastante a resistir el trasiego habitual de las ideas.

Aunque mucho admiramos sus escritos, poniendo en lugar preferente su "Doctor Khon", de cuyos parlamentos se destila amarga y exacta la tragedia de la raza judía; aunque respetamos "La psicología del genio y del talento", como libro de valor fundamental, se nos hace que "El mal del siglo", tendrá más anchoa y perdurable vida, por encarar con garbo y perspicacia superiores una incógnita formidable en todos los tiempos.

No se atrevemos a profetizar que esas partes de su obra bastarán para hacer impeccedero su recuerdo.

EMILIO SAMIEL.

JOGI RAMACHARATA

*Jogi Ramacharata, Señor de toda ciencia;
Oh, venerable hindú de larga barba bruna,
En vano me has hablado con tu enorme elocuencia
En vano me ha llegado tu palabra oportuna.*

*No puedo más... Soy débil, oh maestro inmutable.
Y además tan causada... ¡Sólo sueño la paz
En cualquier rinconcito, perdido, miserable,
Sola mi alma en mi cuerpo: nadie más... nadie más!*

*Oh, estoico hindú, me apena mi triste cobardía,
Más sigo sorda ¡ciega sin haber comprendido...
Dame en tu selva negra una cueva sombría
Y después de la cueva, polvo, viento, y olvido!*

*Jogi Ramacharata, Señor de toda ciencia;
Oh, venerable hindú de larga barba bruna,
En vano me has hablado con tu enorme elocuencia,
En vano me ha llegado tu palabra oportuna!*

SENSACIÓN

*He peinado mis largos cabellos!
la luz moribunda se dormía en ellos:
En la sombra roja de mi cabellero
eran diez reptiles mis dedos de cera!*

EMILIA BERTOLÉ

Diciembre de 1922.

LAS DOS LLAMAS

ACTO II

ESCENA II

MARÍA LUISA Y ARLÉS

ARLÉS (burlón).—La señorita doctor y la moral burguesa. ¡Bouito título para una novela por entregas!

MARÍA LUISA.—¡Ah, qué malo, qué perverso es usted!

ARLÉS.—¡Qué inconveniente podía haber en que usted y yo, acompañados por Martha y Esteban, fuésemos a mi granja?

MARÍA LUISA.—Para mí, ninguno. Para mi madre, muchos. Y los prejuicios de mi madre me atan más que siñ fueran míos. La salud de mamá es muy delicada. Por nada del mundo le daría un disgusto (pau-
sa).

ARLÉS (displícite). — ¡Está enojada?

MARÍA LUISA (fria). — No.

ARLÉS (como antes). — ¡Sí!

MARÍA LUISA.—Es que usted se complace en mortificarme.

ARLÉS.—Estaba tan contento con la perspectiva de hacerle los honores de mi granja! Usted me prometió su visita; hace tres semanas que estoy haciendo preparativos para recibirla como a una reina; se presenta la oportunidad y usted no cumple su promesa.

MARÍA LUISA (reconclliada). — ¡Pero si no es mía la culpa! Iremos otro día, en comitiva más respetable.

ARLÉS.—No, mil gracias. Las comitivas respetables me aburren. Ah, me sacan de quicio las costumbres de mi tierra. Su majestad “el qué dirán” gobierna todos nuestros actos, nuestras fiestas, nuestra risa y hasta nuestras lágrimas.

MARÍA LUISA (ríe).—¡Cómo exagera! Alegre esa cara si no quiere que me arrepienta de mi iniciativa.

ARLÉS.—¡De qué iniciativa?

MARÍA LUISA.—La de nuestra excursión.

ARLÉS.—Esa iniciativa me pertenece.

MARÍA LUISA.—Cállese. Usted me había hablado de una fiesta campestre, hace cerca de un mes, pero después no volvió a acordarse. ¡Tiene usted tantas cosas en qué pensar!

ARLÉS.—¡Figúrese!

MARÍA LUISA.—Sí, me lo figuro. Pero yo no olvido nada. Cuando me levanté esta mañana; cuando vi el día tan radiante, mi primer pensamiento...

ARLÉS.—Fuí yo...

MARÍA LUISA.—No, señor, el paseo. Pensar en él, enviarle a usted una esquila, todo fué obra de un minuto. Però, le repito que estoy arrepentida. Temo que usted haya aceptado por galantería. Quizá tuviera proyectos muy distintos... más interesantes... más agradables...

ARLÉS.—¡Pasar el día con usted! No cambiaría mi suerte por el tesoro de los Incas.

MARÍA LUISA.—¡Cuánta amabilidad! Lástima eterna que la amabilidad hacia las mujeres sea una profesión para usted.

ARLÉS.—No conozco ninguna más elevada.

MARÍA LUISA (disgustada).—Es indigno de un hombre inteligente perder su tiempo en vaciedades... y cosas peores.

ARLÉS.—¡Cosas peores!

MARÍA LUISA.—Sí... en aventuras fáciles.

ARLÉS.—Todos los días le pido a Dios que me proporcione alguna difícil.

MARÍA LUISA (gesto de despecho; pequeña pausa).—¡Si supiera qué mal le viste esa eterna petulancia!

ARLÉS.—¡Y si usted supiera qué bien la viste la ira que centellea en sus ojos! Está usted maravillosa.

MARÍA LUISA.—Cambie de tono, se lo ruego, y de tema.

ARLÉS (tono ligero, irónico).—¡Oh, sí, yo no voy a caer en la cursilería de hacerle una declaración! • Contra ese peligro la defiende su personalidad de intelectual. Yo la admiro a usted como el artista admira un hermoso cuadro; una estatua de mármol. Su belleza, como la de las estatuas, impresiona el cerebro y no el corazón. Es que la intelectual por hermosa que sea, no puede inspirar amor, posiblemente porque ella misma es incapaz de sentirlo.

MARÍA LUISA.—¡De modo que usted me cree incapaz de querer!

ARLÉS.—Incapaz en absoluto. Usted es médico por vocación. ¡Amor y vocación! ¡Las dos llamas en el alma de una mujer! No lo concibo. Desde los tiempos de Eva el amor le dice a la mujer: Soy el señor tu Dios. No toleraré otros dioses a mi lado. Usted se ha rebelado contra la ley de los siglos. Sus dioses se llaman: el laboratorio, la clínica, los niños enfermos... Y el amor... (pausa).

MARÍA LUISA.—Siga, siga. ¡Y el amor!

ARLÉS.—El amor la excomulga a usted, señorita profesora y la destierra de su reino (pausa). ¡La he ofendido de nuevo!

MARÍA LUISA (amargura).—No. Si no es ningún secreto para mí, que usted desprecia mi profesión.

ARLÉS.—No desprecie su profesión. Lamento que usted sea médico. Son dos cosas muy distintas.

MARÍA LUISA (impulsiva).—¡Por qué lo lamenta!

(pausa). (Árlés la mira fijamente. María Luisa muy turbada desvía su mirada). Y si tanto le desagrada mi título, ¿por qué se ocupa de mis enfermos?

ARLÉS.—¿Qué? ¿Cómo?

MARÍA LUISA (conmovida).—Yo sé que usted protege secretamente a Rosa, la madre de Luisito, de quién le hablé días pasados. Niéguelo. Me lo ha contado todo ella misma.

ARLÉS.—Le había ordenado que no me nombrara.

MARÍA LUISA.—¿No quiere que se conozcan sus pocos hechos buenos? ¿Teme que hablen demasiado bien de usted?

ARLÉS.—¿Quizá!

MARÍA LUISA.—Es que todo su empeño consiste en pasar por malo. Por pose. Todo es pose en usted. Por simple pose, para que lo admiren se bate en duelo y juega su vida en absurdas acrobacias aéreas.

ARLÉS.—¿Habría juego más emocionante? ¿Y si me muriera, quién lloraría por mí?

MARÍA LUISA.—Su mamá... su sobrinito.

ARLÉS.—¿Y usted?

MARÍA LUISA.—¿Yo? (pausa). Las estatuas no lloran, Arlés.

ARLÉS (lentamente).—¿Quién pudiera hacerlos llorar, los ojos de la estatua divina! ¿Quién pudiera encerrar en su pecho un corazón ardiente y palpitante y vivo que inundara de sangre roja su carne de mármol. (María Luisa, muy turbada, no contesta. Entra Martha).

FRANCISCO IMHOFF.

ELOGIO A VERSALLES

“A toutes les gloires de la France”.

Inscripción en las frontones corintios
del Palacio

I

Espera, alma mía,—espera temblando—la armoniosa ráfaga de la poesía — que, soberbia y fuerte,—pasará azotando—todos los sentidos y los sentimientos... — Igual a esa vasta sábana de tierra — cuando van los fieros potros galopando — en dire de guerra — y ondeando las crines a todos los vientos! — Igual a esa roca, que siente — vibrar sus entrañas en locos anhelos — y se agita toda repentinamente,—en cuanto presiente la voz del torrente — que rompe sus venas y salta a los cielos! — Igual a esa blanca, palpitante frente — de una carabela — que parte a la busca de otro continente — y canta al anuncio que en el gualdrapazo— le envía la racha que azota la vela! — Igual a esa virgen — que aguarda el instante del supremo abrazo — bella cual la nube que la tarde enciende — cuando, toda trémula y cálida, se extiende — bajo el impetuoso pecho del varón! — Igual a esa rosa — toda temblorosa — que, sobre su tallo, mientras muere el día — se agita mirando la tarde — que teme y que adora — sabiendo que trae su última hora; — que el viento que llora sobre su agonía — llevará los pétalos que ahora desflora — sobre su carroza de la Fantasía; — pobre

soñadora rosa de ilusión! — Igual a esa rosa — espera, alma mía, — la racha armoniosa — que todas tus gracias irá deshojando, — como nunca suaves, como nunca bellas; — y que ha de esparcirlas como las estrellas — en el infinito de la inspiración!

II

—Vamos hacia el Templo. Ya estás iniciada — y el calor del verso — pobre enamorada — te dará de nuevo la fe que perdiste. — Ya que eres la amante si fuiste la amada, — ya que eres guijarro si la roca fuiste, — ya que eres el agua si fuiste la nube — ¡canta con el sueño de la núbil triste! — ¡cual la roca, suena! ¡cual la nube, sube! — ¡pulsa el arpa! ¡canta! ¡vuélvete canción! — Vamos hacia el Templo. Forma en el cortejo — de los soñadores — aquella doliente divina serpiente — del saber humano, — que ha mordido el fruto — y va por el suave camino de flores — hacia el nuevo día, — cada vez más bello, más bello y lejano! — Aquella serpiente — formada de anillos del oro pagano: — Zeuxis y Trajano, Parrhazios y Apeles; — Miron y Virgilio y Horacio; — Praxiteles, Licipo, Antinoo, Lucano; — Fidias — el gran poeta del Partenon! — ¡Vamos! ¡penetremos al viejo palacio — con las amplias manos llenas de laureles — para orlar las frentes de los nuevos dioses — que ayer esculpieron estos capiteles — y otras tantas odas de mármol de Paros, — inmortalizando sus amados nombres — que se alzan al cielo, cual inmensos faros — hacia donde el alma de todos los hombres — marcha en una eterna peregrinación! — ¡Vamos! — ¡reposemos en el mármol griego; — y, si tú quisieras transformarte en fuego, alzarte a los astros, volverte canción, — te daré, alma mía, por su don sonoro, — el último anillo de la sierpe de oro.. — tú ya lo conoces.. es mi corazón!

III

— ¡Oh Patio de Honores, de las líneas puras, — rodeado de estatuas de antiguos guerreros — que hoy duermen su sueño de conquistadores — en la noche eterna de las esculturas! — Aquí, los corceles de los caballeros — limaron las piedras con sus herraduras; — allá, las carrozas de grandes señores, — con púrpura y oro, — pasaban delante las turbas inquietas; — más allá, seguida de gloria y de fama — va, con su bella corte de poetas, — en silla de manos, soñando la dama — con el Caballero de su adoración... — Montando nervioso caballo de guerra — el Sol de los Reyes extiende su mano — ¡pidiendo en el amplio gesto soberano — la soberanía de toda la tierra! — ¡Grandeza de bronce con planta de mármol! — ¡visión de soberbia flotando en la espuma! — ¡triste paradoja de lo Indescifrable! — ¡suma fortaleza y fantasía suma — que borra la mano del Tiempo implacable, — eterna rasante de nivelación!...

IV

..... — Versailles ¡tú fuiste la Revolución!! —

V

— Detrás, el Palacio, — el grave palacio de las mil ventanas — donde el sol arranca todas las mañanas — la enorme tristeza que llena el espacio. — ¡Profusión inmensa, riqueza inaudita, — que sólo aquel Siglo de Oro de Pericles, — cumbre de los tiempos, quise rememora; — que a soñar obliga; que a pensar invita, — en el infinito que el genio atesora — bajo el patio inmenso del alma infinita — ¡como un Sol de fuego llenando la aurora — que canta, que llora, que sueña y palpita! — ¡Ah, necesitabas también tus Me-

cenas — Calícrates noble e Ictinos y Fidias — para el
 nuevo Acrópolis de líneas serenas! — ¡En la gran pa-
 lestra de las suaves lidias, — sí, necesitabas la ma-
 gificencia — de todos los Luises, — oh, corte de artí-
 fices de la madre ciencia — de la Arquitectura, — his-
 toria de piedra, que muestra en la altura — la gracia
 que guardan todos los países! — ¡Pasa, corte de oro
 de un Sol vespertino — con toda tu gloria, tu fe, tu
 fragancia: — Mansart y De Cotte; Le Brun el divino;
 — Ici, Lémecier y Le Vau y De Brosse... — Corte es-
 plendorosa, ebria de aquel vino — que la noble orgía
 de la Vida escancia! — ¡toda la estupenda nobleza
 de Francia — bebiendo en un bello vaso florentino! —
 ¡Pasa! — ¡que en un amplio gesto de arrogancia, —
 barriendo mi pluma la tierra, me inclino!! — ¡Pasa
 con tus joyas — fantasmagoría — columnas de Jo-
 nia! — Ya te parecía — mezquino el equino y el ábaco
 dóricos, — pobres los triglifos, pobres las meto-
 pas — coronando el frente de los arquitrabes, —
 cuando, de la patria del cincel de Scopas — tomaste
 las bellas volutas — fuertes, cual las provas de .Las
 fuertes naves — que giran en busca de todas las ru-
 tas; — y, para volverlas quizá más hermosas — que
 las de los templos de Efeso y de Pricna, — ¡tomaste
 la reina de todas las cosas! — ¡tomaste un manojo de
 rosas — y orlaste con ellas la frente serena! — ¡La
 frente serena, llena de esa flor!! — ¡Tú también be-
 biste la linfa corintia! — ¡tú también grabaste las
 hojas de acanto! — ¡tú también cubriste tu risa y tu
 llanto — con la fe barroca de tu fantaseo — que en
 Balbeck mostrara su fuerza y su encanto, — que diera
 la vuelta del gran Coliseo, — gloria de la vieja
 grandeza romana: — toda la armonía, todo el senti-
 miento, — la luz y el amor — y que — como entonces
 — sostendrá mañana — el advenimiento — de otra
 florescencia del alma pagana! — ¡de otra nueva au-
 rora del Renacimiento! — ¡de otro nuevo mundo, más
 bello y mejor!!

VI

¡Sala de Batallas! — ¡Sueño de colores! — ¡Corceles que saltan por sobre cien vallas! — ¡Cielos inauditos! — ¡metralla, tambores, — fusiles, cañones, fortines, murallas! — ¡Armas, uniformes, bestias sin gobierno, — fierezas, horrores!..... — ¡Es ésta la gloria de los vencedores! — ¡Es la Lucha eterna y el Dolor eterno! — ¡Es ésta la Vida! — ¡es la Humanidad! — Jéna, Friedman, Alma, Smala, Ratisbone, — Malakoff, Austerlitz, Rivoli, Wagram... — ¡Por sobre los sueños y las utopias; — sobre el padre-nuestro de todos los días — de los visionarios y los soñadores..... — ¡Pasad, monstruos bellos; bellos por la gloria! — ¡Gritad a los hombres la ley conocida: — gritad que de Muerte se nutre la Historia! — ¡gritad que de Muerte se nutre la Vida! — ¡gritad! — ¡sí, gritad!!

VII

Son tantas las notas y tonos diversos — que aquello es un Verso de todos los versos, — alegres y amargos; pequeños y enormes: — largas galerías, salas multiformes, — figuras de grandes seres miserables, — coronas preciosas de piedras preciosas — y gratos recuerdos de damas graciosas — que fueron hermosas y fueron culpables! — Nos quedan los muebles, la Sala de espejos, — las telas, los mármoles, los oros, los bronces..... — Y entonces, — cuando nos cansamos de vagos reflejos, — cuando nos cansemos de esta pompa vana — nos queda la gloria de ir a la ventana y mirar la tarde que muere a lo lejos!

VIII

— ¡ Ah, sí; qué divinos son estos jardines — que llenan grandiosos los hondos confines, — y cubren las

líneas de los horizontes — y abrazan los llanos — y abrazan los montes — lejanos!..... — Beatitud de todas las contemplaciones — en el reino augusto de Etruria y Pomona — aleja este vaso de las libaciones— que hasta la cornisa del frontón corintio — me tiende la tarde que nos abandona — con una corona de rosas de absintio... — ¡Aleja este vaso! — ¡aleja este duelo, — Beatitud, que tienes un alma inocente! — ¡Aleja este vaso y colma mi anhelo — con esa sonrisa del cielo — que queda en los labios rojos del poniente! — Y así, alvidada — de viejas intrigas de edades luctuosas, — de toda esta triste grandeza pasada — el Alma, que vive de cosas hermosas, — volverá a la gloria de la balaustrada, — volverá a las aves, volverá a las diosas, — volverá a los campos la dulce mirada, — volverá a las fuentes, volverá a los cisnes, — volverá a los lirios, volverá a las rosas...

IX

Vamos, Alma mía, por esos jardines — que llenan grandiosos los hondos confines... — Queda allá la fronda de los Naranjales — bajando la escala de los Cien Peldaños, — adonde, a suspirar y cantar madrigales, — el poeta Musset iba todos los años. — Detrás, el divino Bosque de la Reina — y el Jardín del Rey. Eran Luis y Antonieta — que allí, defendidos de intrusa mirada, — vagaban, llevando la pena secreta — de tenerlo todo sin amarlo nada! — Y detrás, más bosques, plazas y alamedas, — grutas, columnatas, fuentes, rosaledas; — robles y castaños, — plátanos y encinas; — y el lago... — ¡El lago de tantas estrofas divinas, — adonde el poeta de los desengaños — iba con los cisnes y las golondrinas— a llorar su pena de todos los años!...

X

— ¡Volvamos! — ¡volvamos a ver el Pasado! — Es noche de fiesta — ¡un fasto cualquiera! — y el Triunfo augusto, todo iluminado — parece tocado por mano hechicera. — Danzando desfilan parejas reales — al son cadencioso de suaves violines; — se dijera al verlos tras de los cristales — un cortejo de hadas y de serafines. — Fuera, en los jardines, suspiran las fuentes; — por sendas ocultas Cupido se aleja — y en el quieto lago los cisnes dolientes — persiguen los astros que el agua refleja. — Sedas y perfumes lleva cada paso; — mieles en los labios y en el alma hieles; — y apenas las plantas son puntos de raso — sobre las alfombras y los escabeles. — ¿Qué importa la suerte del género humano? — ¿qué importan las vidas que en torno se agitan? — (¡Ay, allá en la sombra del París cercano — revolucionarias cabezas meditan!) — Al borde del trono, llegan una a una — las pálidas damas, bellas como lirios — y el Rey les sonríe sus hondos martirios... — ¡quiere amar a todas y no ama a ninguna! — Y, triunfando entonces de antorchas y cirios — allá, en la ventana, se asoma la luna!... — De pronto, rompiendo la regia armonía — buscando a lo lejos la luz de su estrella, — se inclina a la noche la dama sombría... — ¡Pompadour se llama; Pompadour la Bella! — Sabiendo sus gracias, con levés sonrojos — las damas asoman los dientes menudos — y al Sol de los Reyes le prende los ojos — la tela que muestra sus hombros desnudos... — ¡Ah, ya nunca, nunca volverá a apartarlos! — La dulce hechicera sin mirar lo advierte; — sin mirar ya sabe que ha de aprisionarlos — por sobre la Vida, la Gloria y la Muerte! — ¡Divina, divina! — dice el soberano; — la dama en su estrella la frente ilumina — y el cielo y la tierra y el eco lejano — responden: divina, divina, divina...

XI

Y en cuanto declina — la tarde afrodina, — hilando mi dulce ronda la inocente, — llenando de cantos las horas serenas, — me sueño un poeta-soldado de Atenas — que besa su efátide bajo los olivos, — junto al undivago lago transparente — donde van los tristes y los pensativos — a colmar sus ansias con luz del poniente... — Y entre aquellos dioses del pagano rito — que muestran con gracia las curvas triunfales — y en bellas posturas el sueño infinito — duermen en la gloria de los pedestales; — entre aquellos árboles místicos y mudos — que, llenos de otoño, cuando muere el día, — tienden a los cielos los brazos desnudos — a los cielos hondos y a las nubes rojas — o hacia el gris pañuelo de la tierra fría — doblégan las frentes, llorando sus hojas. — entre tanta sombra que invade el camino, — con la fe propicia de la hora aquella — ¡sueño que en mi frente se posa una estrella! — ¡creo que en el alma también soy divino! — ¡que todo se llena con mi inspiración! — Y el bosque, las flores que besan mi paso, — las aves, los cantos que lleva el camino, — callan. ¡y me escuchan vagar al acaso! — ¡vagar al acaso con esa ilusión! — ¡con esa locura de mi corazón!

EDGARDO UBALDO GENTA,

École militaire du Genie,

Versailles, Noviembre-1922.

EL TONELERO

I.

Don Blas era el tonelero de la colonia. Su gordura y su bondad se tenían allí como término máximo de comparación. "Está gordo como el tonelero" o "es bueno como Don Blas", exclamaba quien quería vender un cerdo o alabar un santo. Era, además, un poco miópe y amaba sobre todas las cosas y por estricto orden jerárquico a su hija, a los gatos y a la ginebra.

El galpón de la tonelería tenía dos pisos, el de abajo destinado a taller, el de arriba a dormitorios. Un molino de viento parecía servirle de atalaya. Sauces y paraísos, plantados por la difunta mujer del tonelero, la rodeaban, amén de un sinnúmero de macetas y jaulas, propiedad de la niña Magdalena, hija de Don Blas, a quien las aves y las plantas enloquecían.

Fatalmente los contrarios afectos originaron una causa permanente de conflictos entre el padre y la hija, porque los gatos, como se sabe, tienen tendencias asesinas contra toda pequeña cosa que se mueve y además cuando viven asediados por una jauría no reparan en parapetarse entre las macetas, destrozando los tallos indefensos de los espárragos o las ramas verde-agua de los helechos.

Yo iba a visitar con frecuencia a Don Blas, no tanto por él mismo — aunque era un hombre pintoresco por su charla y por su monumental arquitectura — sino por la niña Magdalena, cuya voz tenía una divina

fragilidad y cuyo aroma silvestre hacía caminar de prisa los catorce años de mi corazón.

Esa tarde había, sin duda, estallado una nueva tormenta en la tonelería. Cuando entré en el taller Don Blas apenas me saludó y Magdalena, desde la sombra de un rincón, me sonrió, mostrándome sus ojos claros en los que el llanto había dejado signos inequívocos. Traté en vano de sostener una conversación cualquiera. El tonelero no hacía más que limpiarse los anteojos, bufando y zapateando cada vez que oía los suspiros recalitrantes de su hija. La situación me iba resultando bastante molesta, cuando, de pronto, un gato en un salto soberbio entró por la ventana y fué a pararse, erizado el lomo, sobre los mismos hombros de Don Blas. Mucho más rápido de lo que sus ciento cuarenta kilos podían hacer prever, el tonelero corrió hasta la puerta con el gato encima, agarró la primera piedra que encontró y la tiró con violencia, gritando: Fuera, yo te voy a arreglar, perro del diablo.

Mas el can pareció reirse de su cólera, se sentó junto a un poste y empezó a ladrarle burlonamente.

A Don Blas se le subió la sangre. "Es hora de que haga un escarmiento", bufó. Fué en busca de su escopeta, la amartilló y empezó a apuntar al perro. Magdalena asustada se tapó los oídos para no sentir el estampido y los ayes del animal; pero el tiro no llegó a sonar. Evidentemente Don Blas no tenía alma para matar a nadie. Dejó la escopeta sobre una pipa y me dijo, completamente derrotado: hace tres días que no encuentro mi gata de Angora, seguro que esos chanchos me la han descuartizado, pero me las van a pagar algún día.

Como si quisieran agravar el dolor del tonelero, empezaron en ese instante a maullar lánguidamente, apareciendo por la boca de un barril puesto horizontal, cinco gatitos huérfanos. Magdalena, huyendo de esa música, salió del taller. Y en tanto Don Blas des-

colgando de un gancho un trozo de carne cruda se disponía a cortarlo en picadillo para los expósitos, yo me deslicé por entre los toneles y fui a sentarme al lado de su niña, bajo los paraísos.

Allí, ella me contó su pena, mientras las manos melancólicas iban preparando un nido de ramitas y hojas en el centro de una jaula vacía, que sustentaba sobre las rodillas.

Los gatos esa mañana habían ultimado a Caruso, el más cantor y querido de sus canarios. Ella lo había criado y ¡cómo la conocía! Le daba entre las manos el aljiste. Se ponía loco al verla y bastaba que le dijera: "canta, Caruso", para que se deshiciera en trinos.

En verdad, el animalito era un bello decorativo lírico, pero yo, un poco innoblemente azuzado por los celos, exclamé: será una desgracia, Magdalena, pero no tanto, como para que se ponga así.

—Una desgracia...—repitió como un eco. Introdujo una mano por el breve descote de su bata y de entre los senos incipientes sacó el cadáver de "Caruso", con las plumas desgarradas y degollado por un tremendo zarpazo.

—¡Mírelo!

—Es lamentable esto, Magdalena,—dije, mientras, Dios me perdone, acercaba bien junto de mis narices el canario difunto, con cierta malsana intención,—muy lamentable, sin duda, mas tal vez le sirva de enseñanza y la empuje a amar cosas menos frágiles.

—No entiendo.

—Un hombre, por ejemplo,—exclamé muy serio, mirándola los ojos.

Magdalena se ruborizó toda. Me sacó, temblando un poco, el pequeño cadáver de las manos, lo besó largamente, lo puso en el nido que había fraguado dentro de la jaula y, luego, como si me quisiera ocultar los carmines delatores, corrió hacia su cuarto, situado en la parte alta de la tonelería.

La seguí con los ojos hasta el último tramo de la escalera y en seguida fui al encuentro de su padre.

—Lo que han hecho sus gatos está muy mal, Don Blas,—le increpé.

—Lo dices por lo del canario.

—Precisamente.

—Yo comprendo que está mal y comprendo o, mejor dicho, no comprendo muchas otras cosas también, No entiendo cómo de un padre amigo de los gatos, pueda salir una hija que se derrite por los canarios.

—¿Por qué no regala su gatería, Don Blas?—insinué.

—Porque no se me da la gana. — El tonelero fué lentamente montando en cólera, enarboló el mazo, lo dejó caer con gran violencia sobre el anillo de un barril y últimamente,—prosiguió,—se hará lo que yo mande. Mañana mismo voy a hacer una carnicería con toda esa morondanga de pajaritos y plantitas.

Pero a la mañana siguiente, tempranito, antes de que se despertase Magdalena, Don Blas preparó el sulky y se fué al pueblo.

Cuando llegué a la tonelería no encontré a nadie. Cuatro gatos estaban contra el muro atisbando las pequeñas sombras movedizas que los pájaros de Magdalena al saltar en las jaulas, colgadas precaucionalmente a buena altura, proyectaban sobre la tierra. A una cuadra de distancia, cerca del arroyo, al amparo de un sauce, divisé a la hija del tonelero, hincada sobre la tierra, y hacia allá fui corriendo. Estaba énterrando al canarito. Todavía tuve tiempo de arrimarle un poco de tierra y de hacerle con dos pequeñas ramas una cruz.

Todo esto hubiera sido, sin duda, muy melancólico, si la mañana no hubiera estado tan clara y el amor, recién iniciado, no invitara a respirar fuertemente la vida. Lo cierto es que yo y Magdalena regresamos.

cumplida la tarea fúnebre, como si hubiéramos vuelto de recoger y la trajéramos en el alma, en la misma felicidad.

La alegría tenía que ser completa. Al llegar a la tonelería, sentimos el martillo de Don Blas, acompañando con su vigorosa percusión de barriles desagotados, a la voz de bajo profundo del tonelero, que destrozaba sin escrúpulos una romanza de "Ernani".

Y la sorpresa de Magdalena fué cosa incomparable, cuando en la jaula del canario muerto encontró otro vivo y rompiendo toda la cristalería de su garganta en el aire matinal. Además las jaulas estaban limpias, las alpisteras llenas, renovada el agua de las vasijas y los alambres perdidos entre una verde opulencia de lechugas frescas...

II

Habíamos fraguado una conspiración en toda regla. Me costó al principio convencer a Magdalena, la que no veía muy clara su situación juzgada con arreglo al cuarto mandamiento de Dios. Pero esa misma mañana había pasado un aeroplano sobre la colonia en el instante en que ella había puesto todas las jaulas sobre una mesa y se disponía a empezar la toilette habitual de sus aves. La niña, embobada con la sorpresa, había ido hasta el mismo borde del callejón para admirar mejor al pájaro mecánico y a la vuelta se encontró con que los gatos le habían matado una calandria y un sabiá. Esto acabó por persuadirla del todo.

El plan estratégico no era muy complicado: en casa abundaban las ratas y mi padre tenía siempre gran cantidad de un polvo blanco que las mataba en menos que canta un gallo. Se trataba simplemente de diluirlo en una cuantas latitas de agua y mezclarlo con pedazos de carne que dejaríamos, a espaldas de Don Blas, en los rincones y recovecos de la tonelería.

Esa misma mañana le entregué a Magdalena el polvo libertador, cuidadosamente envuelto en un papel de diario. A las dos de la tarde volví, pronto para iniciar las hostilidades.

Era un día de Enero espantosamente caluroso. Don Blas, sin duda apurado por el trabajo, ni siquiera había dormido la siesta. Al rayo del sol estaba lavando una docena de toneles, con agua que él mismo se acarrecaba desde el molino. Se había sacado la camisa. El vientre desnudo y cubierto de vello cerdoso, emergía por encima del pantalón y le caía hasta la mitad de los muslos, como un enorme tumor; tan tenso que, cuando hacía un esfuerzo parecía próximo a estallar.

—¿Qué le pareció el aeroplano, Don Blas?

—Un rico invento para romperse el alma, ché.

—Yo subiría, debe ser lindo.

—Más lindo que restregar pipas al rayo del sol, de seguro.

—¿Y por qué trabaja así, Don Blas?

—Por gusto ha de ser. Mirá que sos guiso, muchacho,—añadió, dándose una pequeña tregua y abanicándose con el amplio sombrero mejicano.

Me asombró su cara. Las mejillas tenían un color borra de vino, los pequeños ojos, a través de los cristales, parecían bloqueados por dos círculos lívidos. Era, además, evidente su fatiga. Me pidió que le alcanzara el porrón de ginebra, dió un largo trago, suspiró hondo y volvió a absorberse en su tarea.

Traté de juntarme con Magdalena. Estaba azoradísima buscando en el piso alto el envoltorio del veneno que, no sabía quién, había sacado de su ropero. Locas ideas le empezaban a andar por la cabeza.

Le ayudé a buscar, tratando de tranquilizarla, sobre todo afirmando que los venenos de las ratas no eran capaces de matar a las personas, duda que parecía ser la causa capital de sus angustias. Es claro que yo no estaba muy seguro de lo que decía.

Pero mi afirmación concluyó por serenarla y como el calor que irradiaban las chapas de zinc del techo se nos hizo pronto intolerable, bajamos al taller.

Don Blas se había quedado dormido, sentado en una silla de madera, el sombrero caído hacia adelante como salvaguardándole los ojos del resplandor. Dos gatos se le habían ovillado encima de las rodillas. Roncaba profundamente, con un estrépito de trompeta, los carrillos se le inflaban y desinflaban a cada respiración, como un globo al que se le sustrajera y se le inyectara aire en golpes rítmicos y violentos.

El espectáculo no podía ser más cómico y avivó nuestro espíritu judío. Magdalena fué a buscar en la cocina un pedazo de leño carbonizado, le sacó el sombrero y empezó a pintar en la cara rasurada del padre bigotes y dibujos arbitrarios.

Yo le saqué la pipa del bolsillo del pantalón, la encendí, pagando buen tributo de náuseas y delicadamente se la puse entre los labios. Le introdujimos una pajita en las narices y las orejas. Cazamos media docena de moscas, les sacamos las alas y las hicimos pasear por su calva. Pero Don Blas ni siquiera pestañeaba, ni modificaba el ritmo de sus soplidos.

Se me ocurrió entonces una idea genial, de cuyo éxito no se podía dudar: tirarle un balde de agua fría a la cabeza.

Magdalena súbitamente se puso seria.

—¿Está seguro de que el veneno de las ratas no hace daño a los hombres?

—Seguro,—contesté audazmente, yendo a la canilla del molino a llenar el balde.

Gozábamos de antemano el efecto. Tres veces acuné el cubo lleno, hasta que, en un impulso vigoroso, arrojé de un golpe el agua sobre la cara del tonelero.

Huyeron los dos gatos como almas que lleva el diablo. El cuerpo de Don Blas tambaleó con una extraña

inercia y cayó de largo sobre el suelo, con la cara pintarrajeada vuelta hacia arriba, soplando siempre.

—¡Don Blas!—exclamé, asombrado yo mismo del tono grave y angustioso de mi llamado.

Magdalena se agarró la cabeza y, los ojos muy abiertos, corrió hacia la puerta, campo afuera.

Al rato la tonelaría estaba llena de gente. “Es un ataque a la cabeza, sin duda, de trabajar al sol”, afirmaban todos. Yo quise hablar del veneno de las ratas, pero la lengua se me atragantó. Uno de los vecinos, diestro en matar corderos, sangró a Don Blas allí mismo, como pudo. Tuvieron que idear una angarilla para poder subir hasta su cuarto el enorme cuerpo del tonelero.

Un mozo se ofreció para ir a buscar al médico, tenía un caballo ligerísimo; pero el hombre que había hecho la sangría, cobró un aire de suficiencia y le dijo: es inútil, hará un viaje al cohete.

Poco después oí los grandes sollozos de Magdalena y una mujer, desde arriba, gritó: se ha muerto. El vecino cirujano murmuró al mozo: ¿no le decía?, cuando sale la sangre tan negra no hay vuelta...

¡Muerto!... El martillo del tonelero me empezó a golpear dentro del corazón. Tenía el gusto de su pipa en la lengua y la seguridad de que ese sabor no se me iría jamás me revolvió la entraña y empecé a vomitar un jugo acre y caliente.

Ratas enormes empezaron a asediarme y mordirme. Los gatos de Don Blas contemplaban con evidente alborozo mi tragedia, agravada por la imposibilidad de hacer el menor esfuerzo de defensa en que me encontraba.

Traigan el veneno—grité. Y el tonelero apareció sonriendo, con la cara llena de dibujos diabólicos. Llevaba en las manos el cuhillo con que le habían hecho la sangría, se abría el vientre cantando una romanza de “Ernani”, y del fondo de su estómago, vasto y pro-

fundo como una cuba, sacaba el envoltorio del veneno. Yo apretaba la boca con toda mi fuerza, pero él me tapaba las narices, me hacía abrir los maxilares y no acababa nunca de quemarme por dentro con aquel polvo blanco y espantosamente nauseabundo...

III

La mañana estaba clarísima. Hacía días que me dejaban andar solo por los alrededores de la casa. Un espejo me había horrorizado momentos antes: estaba flaco como una calavera. ¿Cuánto tiempo había estado enfermo?... Los racimos de la parra estaban todavía verdes. ¿Y qué nervios tenía! El relincho súbito de un caballo me hizo temblar hasta caerme... Si me hubieran dado las piernas habría ido a la tonelería a charlar con mi amigo Don Blas y con... ¡Don Blas!... ¿qué era lo que le había pasado a mi amigo el tonelero?... Empezaba a coordinar ideas y me obligó a salivar un gusto de pipa que me arañaba la lengua. ¡Ah! Don Blas, el veneno, los gatos, todo comencé a precisarlo y la oscura ortiga del remordimiento me volvió a azuzar. Sentí la necesidad de hablar con Magdalena y en su camino fui, auxiliándome con los hilos del alambrado. Nadie sabe cómo me temblaba el alma a medida que me acercaba.

Naturalmente no se oía ruido de herramientas, aunque las puertas estaban abiertas; pero tampoco se escuchaba la habitual garrulería de los pájaros de Magdalena.—¿Qué habría sido de ella?...

—Vi bajar una mujer extraña por la escalera.

—Ah, muy bien,—me dijo al verme—¡está mejor!

—Un poco.—Aunque tenía en los labios un diluvio de preguntas, no quise interrogar nada. El silencio de la casa me turbaba sobremanera.

—¿Quiere ver a Magdalena? Está en la tonelería.

De allí vino su voz curiosa:—¿Quién pregunta por mí, tía?

Me asombró la tranquilidad de esa voz. ¿Cómo podía estar tan serena la hija del tonelero después de aquéllo?...

La tía no la había oído. Yo me fui deslizandó hasta la puerta. Vi a Magdalena vestida de negro. Un poco más gruesa y más alta me pareció. Estaba de espaldas. Cinco o seis gatitos andaban a su alrededor saltando.

Volvió a inquirir, alzando la voz:

—¿Quién es, tía?

—Yo,—le respondí.

Se dió vuelta instantáneamente y llena de júbilo corrió hacia mí con las manos extendidas. Los gatitos, notoriamente contrariados, empezaron a maullar.

Yo sentí que me quemarían las manos criminales de aquella hija y no pude reprimir un ademán de rechazo.

—¿Puede estar así, Magdalena?

—No,—me respondió, adivinando la causa de mi reproche,—no fué el veneno...

El corazón se me alivió de un enorme peso.

—... A los tres días de aquéllo encontré el envoltorio intacto en un cajón de la cómoda. Yo misma lo había dejado allí, después lo recordé claramente. Ahora he regalado los plantas y los pájaros; sólo cuidaré sus gatos, porque él los quería tanto...

Me emocionó el sacrificio de aquel filial homenaje póstumo y como yo me sentía también un poco hijo remordido de Don Blas, me puse a ayudarla a cortar la carne de los gatos...

JOSÉ MARÍA DELGADO,

ROMANCE DE LA TIA

Corresponde a un libro de temas nativos que el autor publicará en breve.

I

*Esta que aquí presento, gran señora,
es mi tía... Vivía cuando yo era muchacho;
y su recuerdo es para mí tan vivo,
que no hay cosa más viva en mi memoria
de los años adolescentes y lejanos.*

*Alta, delgada, erguida con matronil empaque
a pesar de los años, que eran más de setenta,
el paso firme, el gesto recatado,
severo el rostro de energía aguileña,
pudorosa la boca, la mirada
reposada, las manos hacendosas
y ejemplar la palabra: tal era mi señora
doña Asunción, la tía, prez del linaje criollo.*

*Prez del criollo linaje, la señora mi tía,
—permitidme que os muestre su empañado retrato—
vivió en tiempos aquellos de los rojos caudillos,
del bagual y la vincha,
del degüello y la lanza...*

*Nacida en la templanza de su solar patricio,
de las civiles guerras vivió en los tiempos rudos;
guerrero fué su padre, guerrero fué su esposo,
y guerrilleros fueron sus diez hijos,
que a algunos les perdiera en luchas tales.*

*Y hasta ella misma en algún trance duro
—según decían las lenguas familiares—
trabuco en mano,
decidida y fiera,
defendiera la puerta de su casa.*

*Mujer del tiempo rudo en la patricia gesta,
a quien dolor dió amor de sacrificio,
en el peligro endureció su pecho;*

*confortadora firme de varones,
en medio a la zozobra y al tumulto,
fué heroína de sitios y de exodos.*

*Mas fué también, en la tertulia urbana,
dama del peinetón y el miriñaque,
que, recogiendo con pulidos dedos
el vestido de raso, la gavota
y el rigodón danzaba al son del clavicordio
romántico...*

II

*Su historia era la historia del país. Los caudillos,
las guerras, las revueltas, los éxodos, los sitios,
las entradas de ejércitos vencedores,
las zozobras continuas,
los motines que sorprendían a medianoche,
las puertas atrancadas y las precipitadas
huídas...*

*Por su narrar pasaba la historia turbulenta
de sus tiempos de hierro. Nadie, como la tía,
sabía pintar los tipos y las cosas;
su charlar era rico en colorido.*

*El Sitio Grande—que fué cuando era regia moza,
y cosía ponchos para los soldados—,
la Cruzada de Flores, donde perdió al marido,
la Guerra de Aparicio y el Quebracho,
en donde le mataron a un su hijo:
todo era vivo en ella, que era viviente historia
doña Asunción, la mi señora tía.*

*Y era su narración inagotable
y sorprendente de episodios nuevos,
que iba sacando con su lenta mano
del viejo arcón precioso del recuerdo.*

*Pasaban en visión por sus anécdotas,
como viejas figuras familiares,
los caudillos famosos: Lavalleja,
a su decir tan bruto como bravo;
Riviera, el gran padrino de la Patria;
el General Oribe, pálido y sanguinario;
Flores, león reposado;
el de lengua melena, Caravallo;
el viejo Timoteo, la lanza más temible
de aquellos entreveros de centauros;
el tirano Latorre, de mirada terrible;
Goyogeta, el indíazo,
y el de la faz siniestra:
Anacleto Medina.*

*Siendo niña, una noche, despertó en sobresalto;
había ruido y tumulto en la casa; vió a su padre
—a la luz amarilla de un candil oscilante—
con la espada brillante defenderse de un grupo
de emponchados siniestros con divisa y trabuco
que eran del otro bando;
y vió a la madre, llena de espanto y de gemido,
correr hacia su lecho y envolverla en sus brazos
y huir en la noche, a tiempo que su padre.*

—semejante a un espectro en la luz amarilla—
convulso ya, de muerte caía herido,
después de haber tendido a tres de los emponchados...

Este era su recuerdo más lejano
y más horrible, que ponía el contarlo
miedo y coraje a un tiempo en los muchachos
que la escuchábamos.

Mas, sangrientos y heroicos como aquese,
tenía ella episodios a millares;
en unos tomó parte y en otros fué testigo;
muchos sabía también que le contaron;
y la guerrera historia de sus tiempos,
como cosa viviente se animaba en su boca
de un colorido extraño.

III

En los crudos azares de las guerras
perdió su posición de bien fundada
señora que heredó prez y fortuna;

En trance tal, dejando la muy urbana vida,
a el marido siguió al campo desierto,
que con duros trabajos y abstinencias
a recacer la heredad, otra vez, iba.

Y en campos de salvajes soledades,
sin caminos, ni abrigos, ni jagüeles,
alzó su rancho y la menguada hacienda
allí a pastorear, medio baguala.
Y allí fué del guardarse de matreros
que se venían al rancho solitario,
y del ahuyentar los perros cimarrones
que hacían estragos en la borregada;
y del apagar la lumbre antes de noche,
y del pasarse las noches arma al brazo,

uno de cada lado de la puerta,
mientras el cuero que servía de atajo,
rascaba con sus garras amarillo
yaguareté cebado...

Así fué que rehizo su posición perdida,
y a la vuelta de pocos mas empeñosos años
regresó a la ciudad, la señora mi tía.

Y otra vez habitó su solariega casa;
y serena en la suerte como fué en el desvío,
sentada al clavicordio dijo los versos de antes,
y lució el miriñaque de seda en la tertulia.

IV

Cuando en casos frecuentes sus tres hijos,
que, después de cenar se habían quedado
a la mesa más tiempo que en costumbre,
tras un silencio largo, sin mirarla,
—Sabe, mamá, que hay guerra...?—le decían;
La severa matrona, que sabía,
lo que querían decir palabras tales,
sin espanto, protesta, ni gemido,
palideciendo un poco, preguntaba:
—¿Cuándo se van...?—Cuanto antes—respondían,

Y al despedirse, entera, de sus hijos,
—pensando cuál sería que despidiera
por siempre así,—con interior gemido
les estrechando contra el pecho fuerte,
sus palabras de madre eran:—Que siempre
como bravos se porten, hijos míos.

V

Años después, ya viuda y lejos ya de sus hijos,
quedó sola en su casa, más no perdió la noble

entereza de su ánimo patricio.
 Entre fianzas y pleitos, fué perdiendo fortuna;
 poco ducha en camándulas, se confió a lezulejos,
 pretendidos amigos que comieron, bellacos,
 poco a poco sus bienes.

Primero fué la estancia del Durazno,
 hipotecada a vil precio;
 después la quinta aquella de Atahualpa,
 la aquella quinta umbrosa de los más deliciosos
 damascos, donde veraneaba la tía.
 Y en los últimos años, cuando bien la recuerdo,
 ya le quedaba sólo su solariega casa,
 la vieja casa colonial y enorme
 donde vivía la dama entre sus plantas,
 sus retratos, sus muebles, sus visitas,
 sus mulatitas y sus papagayos.

Extraña casa aquella de la tía,
 con sus muros muy gruesos,
 y sus rejas
 sus pequeños balcones y el gran patio emparrado,
 con su aljibe en el centro de brocal de azulejos,
 con su olor de naranjo, y en verano
 lleno de una frescura
 verde...

Aún la veo a la tía en aquel patio,
 sentada en su sillón de viejo estilo,
 con sus claros batones florudos,
 sus relicarios de oro, sus pintas antiguas,
 sus largas y pesadas carabanas,
 y su gran abanico, que cerraba y abría...

Todas las tardes, tras de dormir su siesta,
 se ponía la dama sus peinetas,
 sus largas carabanas y su batón floreado;

*y abriendo su abanico se sentaba
en el viejo sillón.*

*Una negrita,
de blanca dentadura, traía el mate
de plata boliviana, que tomaba la tía;
y había en el patio una frescura verde,
antigua y olorosa,
que no he vuelto a sentir más en la tierra...*

VI

*En invierno, la tía, que estaba ya achacosa,
se pasaba las tardes en la vetusta sala
impregnada en perfume de los años antiguos,
cuando en ella danzaban el minué o la gavota
las que hora bisabuelas eran, o se habían ido...*

*Misia Asunción allí se adormecía,
sentada en su petaca y en su rebózo envuelta,
a los pies un cojín que bordaron los indios,
tomando el mate que traía la negra,
sus encajes haciendo de palillos,
o mirando a través de las ventanas
pasar la gente por la calle triste.*

*Era triste el invierno de la tía.
La casa se animaba en el verano;
tornaba el patio a ser verde y frondoso,
con olor de glicina y de naranjo;
y se poniendo su batón floreado;
sus peinetas, sus joyas, su abanico,
en su sillón de hamaca, entre las calahuatas,
se sentaba la tía:*

*Desde que la tía quedara sin su quinta,
donde todos los años iba por el verano,
veraneaba en la umbria de este patio*

con olor de naranjo, y de glicina,
 Y en las tardes calmosas, tras la siesta,
 hasta que el toque de oración tañían—
 con matriarcal sonrisa,
 en su sillón sentada
 recibía la dama a sus visitas.

Y eran raras visitas de sus tiempos
 aquellos coroneles retirados,
 ásperos veleranos de las guerras,
 que tomaban rapé (la tía también tomaba),
 y con quienes placía a la señora
 discutir de política y recordar lo antaño.

Y aquella extraña rueda de curujqs,
 pensionistas eternas del estado,
 siempre en traje de seda y con mitones,
 misia tal, misia cual, muy fruncidas, muy suaves,
 muy pasadas de moda,
 que no hablaban sino de enfermedades,
 de difuntos, de sustos, de recetas,
 conocían las virtudes mágicas de las yerbas,
 sabían hacer unguentos y creían en el daño.

También iba otra gente a aquella casa,
 —sin mentar, por supuesto, a los parientes—
 mas se estaban de pie frente a la tía,
 muy humildes y hablando con respeto.
 Eran hijos de antiguos servidores;
 muchos eran ahijados de la dama;
 de muchos, quienes fueran, no sabía;
 mas, a todos, severa y bondadosa,
 les mandaba pasar a la cocina...
 Y, esta cocina en casa de la tía,
 hospitalaria y vasta y siempre llena
 de trajín y de humo, donde abundaba el mate
 y los pasteies,

era un abigarrado medio mundo
 en que folgaba el mulataje urbano;
 la tía no supo nunca cuántos eran:
 era tal la largueza de la casa.

Así era la tía, mi señora
 Doña Asunción, sentada en su petaca,
 en la vieja casaca solariega;
 por el invierno en la vetusta sala,
 impregnada en olores de recuerdo;
 por el verano en la frescura verde
 y en la antigua alegría de aquel patio
 familiar, con olor de limonero.

De todos los recuerdos queridos y distantes
 de aquella adolescencia tan distante y querida,
 no hay ninguno más vivo que el recuerdo
 de la tía sentada en aquel patio,
 con su batón floreado y su abanico,
 sus largas carabanas y sus cuentos,
 entre la fronda de las calahualas
 y el hablar de los loros brasileños.

VII

Cuando la hora llegó de su partida
 de este mundo, reunió toda su gente:
 nietos, sobrinos, nietas, entenados,
 ahijados, protegidos y sirvientes;
 y en toda la entereza de su juicio,
 con palabra oportuna para todos,
 se despidió de todos, y una prenda
 le dejó a cada uno por memoria.

No era beata la tía, mi señora,
 y aún sospecho no fueran de su agrado
 los curas, pues solía contar de ellos historias

picantes.

*Mas era mi señora muy cristiana:
 --Tener su religión—ella decia—
 es necesario. Así, todas las fiestas
 de guardar, iba a misa a San Francisco;
 por la Pascua Florida comulgaba,
 tenía en su casa imagen de la Virgen,
 y no faltaba nunca ni a la misa del gallo,
 ni al sermón, en Cuaresma, de agonía.*

*Así es que, ya en sus horas postrimeras,
 por bien cumplir cual siempre había cumplido,
 hizo venir al Viático solemne,
 en sufragio de su alma ordenó misas,
 lloraron ojos que ella no llorara,
 y en la paz del Señor murió la tía.*

*Porque así fué la tía, mi señora
 Doña Asunción, de la nativa estirpe
 prez y ejemplo, que Dios tenga en su gloria;*

*escrita aquí en estrofa dejar quiero
 —que muy digna de tal, por cierto, ha sido—
 su historia. Acompañadme en el recuerdo.*

A. ZUM FELDE—1920.—

“LA RAZA DE CAIN”

Novela de **CARLOS REYLES**

(Conclusión)

Reyles, al reproducir la realidad, ha seguido los moldes de la escuela realista, surgida en Francia ante la evocación del mágico cincel de los Balzac, Flaubert y Zola. Decía no ha mucho, en un artículo sobre el admirado autor de “Salambó”, que: “Gustavo Flaubert es jefe de escuela al crear con Mad. Bovary la novela tipo del género; obra que ha iniciado lo que nosotros entendemos por realismo, apenas esbozado en la colosal producción del más fecundo de los cerebros del siglo XIX, (me refería a Balzac), que reproduce la realidad de una manera objetiva e imparcialmente. Aunque estos caracteres no se encuentran claramente delimitados, catalogados en su obra, son la consecuencia inmediata a un análisis detenido de la misma. Ellos están entrecruzados indisolublemente; podríamos agregar, empleando una expresión más gráfica, que se hallan como anastomosados. Balzac apenas había indicado el camino a seguirse, pues antes de llegar al realismo, tal cual lo consideramos con el modelo de Flaubert, tuvo que pasar por toda esa inmensa obra, en la que se nos revela un soñador incorregible... , etc.” (1) He traído

(1) Juicio crítico sobre Gustavo Flaubert, publicado en “La Revista Nacional” del 18 de mayo de 1921.

a colación estas ideas mías, pues creo hallamos en ellas un punto de mira eficiente, para iniciar desde él, un somero análisis del realismo de Reyles, imitador de los tres grandes maestros franceses, atenuado discípulo de Zola. He dicho "atenuado discípulo de Zola": Carlos Reyles, quizás imbuido por las ideas preponderantes en la época en que escribió sus primeras obras, ha tenido temor de exponer con demasiada crudeza, las imágenes y emociones despertadas en su alma por el "alma" de las cosas. Debí desechar esas prevenciones, pues poco o nada deben preocuparnos las huecas frases de los no menos huecos retóricos, y biliosos aristarcos husmeadores de errores y gazapos gramaticales. ¡Qué importa que alulle la jauría! Debería haber repetido con Hugo aquella frase que nos revela todo un carácter, y que dice: "Hay gentes que hacen la crítica del Himalaya piedra por piedra. El Etna alumbró y vomita, arrojando su luz, su lava y sus cenizas; y los críticos las cogen y las pesan adarme por adarme. Pero entretanto el genio continúa la erupción. Su sombra es el anverso de su luz. El humo proviene de su llama. Sus precipicios son condiciones de su altura." Zola, soportando los denuestos de Loti, Lemaitre, Brunetiére, y algunos otros escritores biliosos y anticuados que juzgaban la literatura moderna de acuerdo con el criterio de las tres unidades de Aristóteles, el "Arte Poética" de Boileau y las reglas de Horacio, expuestas en la "Epístola a los Pisones", demostró al mundo su inmensa fortaleza de ánimo, y un espíritu dotado de una invencible energía, sintetizado en aquella frase de eterna recordación...: "si algo valgo, es porque estoy solo". No pretendo con estas ligeras consideraciones que Carlos Reyles debiera haber encarnado una nueva edición de Emilio Zola; lejos de mi ánimo tal pensamiento. Lo que hallo criticable, es que Reyles, en su vacilación, nos haya dado una obra

calcada en los moldes de un naturalismo desteñido, que nos hace añorar la verdadera novela que hubiera producido, de haber dado libre curso a la legítima inclinación de su espíritu, tan amplio como multifórme. El autor de "El Terruño", al imitar a Zola, ha tenido un error fundamental. Ha confundido, como lo habían hecho antes doña Emilia Pardo Bazán y el exclusivista Brunetière, "determinismo" con "fatalismo", y podemos llegar a la conclusión de que los personajes de Zola son deterministas; los de Reyles, fatalistas. Cacio, Guzmán y Menohaca, obran movidos por una "voluntad suprema" que les ha señalado de antemano el camino a recorrer, y ese derrotero no puede ser variado por ningún influjo bienhechor. Son seres destinados a padecer las crueles vicisitudes de un destino adverso, creo haber dicho al comenzar este estudio, y aquí vuelvo a recordar mis palabras de entonces, como una síntesis de mi concepto sobre el fatalismo de esta novela de Reyles.

Si aceptáramos de plano las innumerables objeciones que se le han hecho al naturalismo en general, tendríamos que admitirlas, aunque en menor grado, en cuanto a las creaciones de Reyles, que como ya he dicho es un atenuado discípulo de Zola. Reyles, en "Beba" y en "El Terruño", y aún en "La Raza de Caín", trae cuadros de un verismo admirable, escenas tomadas al natural; pero lo que lo aleja un tanto del "modo" descriptivo del maestro, es que ha vertido en esos cuadros y escenas una gran dosis de entusiasmo, apartándose de la verdadera escuela naturalista, impasible y fría, que jamás se commueve por nada, ni hostiliza nada, y ejecuta sus obras indiferentemente. Desterrado el yo, el arte naturalista es arte puro y escueto. Aún en los pasajes más "naturales" de las obras de Reyles, hallamos siempre belleza. Es que la belleza, ha dicho Pérez Petit, "como la poesía, no está reñida con el arte naturalista. Sí, puede hacerse poesía, pero no

la que brota únicamente de la armonía de los adjetivos, del alisamiento de los tropos y de la construcción de la frase; sino esa que surge del concepto y de la idea, como una emanación y como un hálito; poesía que no llegue a nuestro oído por el ritmo y la dulzura, sino que penetre más hondó, hasta la esencia del alma, para hablarle de sensaciones que son la vida y el amor; poesía que no asaeta la retina con flechas de oro, sino que se incrusta en el corazón como un dardo de diamante para hacerle sentir y para hacerle vibrar!" (1) Estos conceptos del inteligente crítico compatriota, expresan exactamente el sentir moderno en cuanto al "arte naturalista", cuyas creaciones han sido tan controvertidas en los últimos tiempos.

Reyles, con "La Raza de Caín", no sólo ha creado una obra realista, sino que ha hecho una novela psicológica de alto fuste, como ya he tenido oportunidad de demostrarlo. En este aspecto de la obra, es de anotar-se la poderosa influencia de Sthendal. Sthendal, es el pseudónimo que oculta a Enrique Beyle, iniciador o precursor del género psicológico, que más tarde cultivarían con tanto éxito Bourget en la novela, y Taine en sus admirables estudios críticos. La brillante penetración en el análisis, que admira en Sthendal, y la exacta reproducción de la realidad, que prepararía el advenimiento de la escuela realista, también lo advertimos en "La Raza de Caín", obra que armoniza eficazmente al psicólogo y al novelador sereno e imparcial. Sthendal, creando la novela realista-psicológica, contribuyó poderosamente a la derrota del romanticismo, que ya se batía en retirada.

Reyles, en nuestro país, aseguró el triunfo del realismo, sobre el género romántico. "Fué en 1888, con el primer libro de Reyles, "De la Vida", cuando obtuvo

(1) "Zola", por Víctor Pérez Petit, pág. 30.

patente de curso el naturalismo de Zola en el Uruguay", (1) ha dicho Ventura García Calderón.

Como hemos podido apreciar a través de este somero análisis de "La Raza de Caín", son muchas las influencias extranjeras que han obrado sobre Reyes, al concebir esta novela. Pero no obstante, volveré a repetir lo dicho en párrafos anteriores, que los personajes, aunque calçados en moldes importados, toman carta de ciudadanía literaria, y se adaptan perfectamente a nuestro medio. Esta novela de Reyes, guarda una estrecha afinidad con aquellas de sus obras, que han bregado por la creación de una literatura netamente americanista, inspirada en las grandezas de la propia tierra, en sus glorias y tradiciones, tendiente a hacer "fuerte obra americana, clara, comprensible, educadora de la raza, y no enfermiza ni decadentemente exquisita". (2)

ALFREDO S. CLULOW.

(1) Ventura García Calderón. "Semblanzas de América", pág. 163.

(2) Esta frase del reputado escritor ecuatoriano Alejandro Andrade Coello, ha sido tomada de una carta al que esto escribe, que la reproduce, como homenaje al preclaro culti-valor de lo que llamó el maestro "americanismo literario".

HISPANO-AMERICA

ALARIDO

*Quiero ser alarido en la sombra,
alarido cortante y rígido como cincel
sobre una estatua de Pavura,
o siquiera, ser el impulso
de fantástico tropel.*

*Y llevarte fuera del Cosmos,
entre los dientes, como lebré
frenético y mágico
ladrón de un ramo de laurel!*

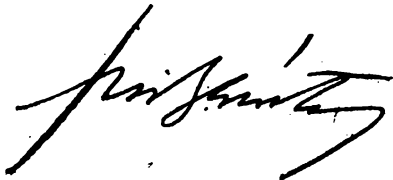
*Y ofrecerte mi atavismo
de indio, pájaro y corcel!*

SERENATA NOSTALGICA

*Sueño que perdí
mi quetzal de batalla,
mi rodela de piel de bisonte,
mi honda embriujada,
mi collar de colmillos de oso
y mi hacha pulida y gallarda.*

*Y el tatuaje en mi pecho,
y en el rostro mis signos de grana,
y el vigor en mi torso desnudo
y la lumbré en mis ojos de águila.*

*Estoy solo, solo en esta noche profunda,
y mi espíritu se tiende a tu alma
como brazo de sombra
o metálico impulso de ala...*



México, diciembre de 1922.

EDUCACIÓN

Sobre un libro de Luisa Luisi

Todo — en este libro — gira alrededor de esta idea madre: la importancia del factor educativo de la escuela para el progreso social y su descuido en la realidad de la enseñanza. “No nos importa saber, dice Luisa Luisi, que hay, hoy, mayor número de hombres y mujeres que saben escribir y leer que hace cincuenta años; de nada sirve la instrucción si no acompaña a un carácter íntegro y a una elevada concepción del deber. El mal será más grave, si a las ambiciones naturales se agregá un instrumento nuevo para satisfacerlas, y la instrucción es un instrumento que tanto puede colocarse al servicio de las causas justas como al servicio de los intereses personales”. Y, en otra parte, al juzgar las consecuencias de la Reforma Vareliana, que si “la elevación del nivel intelectual es innegable, la educación moral del individuo no ha sufrido variación sensible”.

Motivo de gran regocijo interior es, para mí, la constatación de este orden de ideas en miembro del magisterio nacional tan distinguido como la señorita Luisa Luisi. Hace ya años que, a propósito de trabajos de índole higiénica presentados a diversos congresos, vengo sosteniendo que el factor esencial para la difusión y preservación de la salud, está en la escuela y que nada puede la simple enseñanza de la higiene si

la escuela no realiza paralela y armónicamente la educación física y moral de sus alumnos.

Decía, efectivamente, en el primero de esos trabajos a que aludo: "La Escuela no debe enseñar sino educar y la educación, por orden de importancia, debe ser: 1.° física, 2.° moral, 3.° higiénica, 4.° de economía doméstica, 5.° manual, 6.° intelectual. Para responder a este concepto las escuelas futuras deberán ser tan diferentes de las actuales, tanto en la contextura de sus edificios como en la organización de sus planes y normas educativas. A las escuelas de hoy, anémicas de aire y luz, deberán agregarse plazas vecinales de juegos y deportes en todos los puntos de las ciudades y terrenos para cultivos en sus adyacencias. El horario escolar deberá repartirse de modo que la mayor parte del tiempo sea destinado a juegos y ejercicios físicos, trabajos manuales y educación moral, higiénica y de economía doméstica y la menor parte a educación intelectual. Paralelamente a los maestros de hoy, abrumados por el aprendizaje y la enseñanza de materias teóricas, deberán sustituirse los maestros de mañana, *educados para educar*, hombres sanos y de conciencia, con un gran amor por su apostolado, respetables y respetados — los mejores entre todos los componentes sociales — de criterio propio y de espíritu de iniciativa y educación propios, capaces de despertar en sus alumnos este mismo espíritu y aquellas realidades de conciencia, que son las únicas que hacen a los hombres respetados y respetables. El maestro, más que un instructor, más que un enseñante mecánico de materias teóricas, más que un dómine pedante, debe ser un educador, un iniciador bueno y amable en los secretos de la naturaleza y de la vida".

Y en otro trabajo, referente a la enseñanza antialcohólica por la escuela, volvía a sostener la casi inutilidad de esta enseñanza, si ella no va acompañada

por una educación correlativa, física y moral, ya que sólo el ejemplo y la puesta en práctica diaria, de las virtudes fundamentales por los hombres sanos y fuertes hacen realizar *de verdad* lo que se debe hacer.

En un tercer trabajo, finalmente, sobre Educación profiláctica de la Tuberculosis, digo textualmente: "La ignorancia, la educación y la mala fe de casi todos los hombres, se oponen a que se pueda luchar *con éxito* contra las múltiples ocasiones de contagio y las causas de debilitamiento de los organismos humanos. Para constatar estos factores lo mejor de todo es *educar*. La escuela ha desenedado, en casi todos los países, su rol educativo. La escuela — desde el Jardín de Infantes hasta la escuela primaria, secundaria y superior— debe dejar de ser un simple *enseñadero* para convertirse en *casa de educación para la vida*. La escuela debe tratar de servir los intereses superiores de la vida, perfeccionando a *todos* los hombres por igual, aunque diferentemente según las modalidades y tendencias de cada uno de ellos. Las escuelas actuales no sólo no hacen esto, sino que se limitan a enseñar de una manera uniforme *y sin eficiencia educativa*. Puede salirse de las escuelas actuales sabiendo lo que debe hacerse; pero sin que los que salen de ellas hagan en realidad lo que se debe".

Referíame — en todos estos casos — a la insuficiencia de una simple enseñanza higiénica, sea antialcohólica, sea de medios de preservación contra las enfermedades infecto-contagiosas, sea de medios higiénicos de vida, etc. Del propio modo, la instrucción cívica, pongo por caso, no basta para formar buenos ciudadanos. Es necesario — paralelamente — la inoculación por la escuela de la Moral Cívica, única manera de que los ciudadanos de mañana no sean, como los de hoy, instruídos pero arrivistas (inconvenientes del instrumento de la instrucción cuando se pone al servicio de inte-

reses personales, como lo dice muy bien la señorita Luisi). La mayoría de los males sociales deriva precisamente de la falta de envergadura moral de la sociedad y de sus componentes.

Si se la orientara en el sentido de una educación moral fisiológica, la escuela podría a — a la vuelta de dos o tres generaciones — cambiar la faz de la humanidad. La organización social actual es el resultado de diferentes ensayos empíricos de la humanidad a través de su historia. Hemos llegado, sin embargo, a un punto en el que podemos precisar con rigor científico, cuáles son los factores biológicos que deben determinar la constitución de las agrupaciones humanas para que éstas rindan el máximo de efectos útiles con el mínimo de inconvenientes colectivos. La educación moral fisiológica sería la de la conducta que deberían seguir los componentes sociales dentro de una sociedad así concebida. No está ella reñida con los conceptos clásicos de deber, honrría de bien, justicia, solidaridad, etc. Pero estaría completada por normas de vida más equitativas y fisiológicas que las de la sociedad actual, y, por ende, más asequible, más fácil y más exigible sería el cumplimiento de aquella conducta fisiológica moral.

Eduquemos a todos los hombres dentro de estos conceptos básicos: necesidad igual para todos de alimentos sanos, en cantidades que estén de acuerdo con las necesidades fisiológicas de cada uno; de viviendas sanas y confortables; de aire y de luz; de ejercicios físicos; en la alegría del trabajo y en la del descanso que le sigue, pero no en los falsos gozos del ocio o del descanso no ganado; en los placeres del arte para los momentos del descanso; en el afán de lo mejor para sí mismo y para todos y no para sí mismo, aún contra todos; en el espíritu de solidaridad así moral como económica, intelectual, etc., y no en el de la agresión y

competencia; en el amor a la patria propia, pero sin odios para las otras patrias; en el respeto y la tolerancia mutuas... y el día en que la escuela eduque así a todos nuestros hijos, la humanidad estará cerca de su redención definitiva.

La *mentalidad* nueva creada a nuestros hijos por esta educación facilitará una *modalidad* idéntica en los hijos de estos hijos, y he aquí como podrá hacerse una organización social mejor al cabo de dos o de tres generaciones a lo más.

El doctor Víctor Mercante, que prologa la obra de la señorita Luisi, piensa también como ella "que el problema de la educación en nuestro ambiente es moral, ligado íntimamente al carácter y a la cultura". "Impugna a la escuela su carácter nivelador y encarece lo imprescindible que es ofrecer al niño "oportunidades" a sus tendencias". Dentro de este concepto habrá que estudiar los "procedimientos" que contribuyan a reformar el sistema secular del "aula", en el que maestros y niños languidecen, como en una prisión arcaica, llenos de ansiedad y desasosiego, en la molesta situación del que resiste la vara niveladora de la disciplina, en un ambiente extraño a la naturaleza". "El carácter no puede acentuarse sin la libertad; una libertad de escuela abierta". "Una escuela inteligente, prestigiosa, autónoma, rueda principal del engranaje político del estado, puede formar los hábitos de una conducta sana".

La señorita Luisa Luisi estudia, en diferentes capítulos de su interesante libro, diferentes problemas prácticos, relacionados con estos conceptos físicos de la misión educadora de la escuela libre: por qué la escuela primaria no educa — imposibilidad de hacerlo porque, fuera de que no se la ha orientado en este sentido, las clases numerosas y la disciplina escolar se oponen al estudio de cada temperamento y de las múl-

tiples causas que van formando los caracteres en el combate de la vida. "Se separa violentamente, dice, de la vida de todos los días, la vida teórica que se enseña, y el niño, sincero, deja para la hora de la enseñanza teórica, las hermosas ideas y los sentimientos nobles". El viejo molde clásico del "aula" con su enseñanza uniforme y no la escuela libre para la educación para la vida.

"Los que son maestros, y maestros escrupulosos y conscientes, saben perfectamente que en donde hay una buena disciplina hay una gran inmoralidad, que es la injusticia", agrega lapidariamente. Aborda a continuación el problema de la edificación de los locales escolares, íntimamente relacionado con este tópico; insiste sobre las deficiencias — de todo punto de vista, de los actuales; pide locales "para todas las escuelas públicas del país" que reúnan todas las condiciones así de orden higiénico como educativo, sanos al par que bellos, no lujosos, pero sí alegres y decorados con sencillez y buen gusto. ...

A propósito del "valor pedagógico de los desfiles y fiestas escolares" y del "Día del Árbol", hace un análisis sugestivo y muy bien hecho del modo como se practican aquellas fiestas y desfiles y cómo se trata de inculcar el amor por el árbol, demostrando — al par que lo bien intencionado de estas prácticas y de su aparente brillantez como espectáculo — lo irritante de las injusticias sociales que aquellas fiestas aparejan y la siembra educativa *desfavorable* que en realidad realizan, sin contar con que tampoco consiguen despertar el amor por el árbol, ceremonias de las que se recuerda mañana solamente el día luminoso o gris, la caminata larga, la repartición de bombones o juguetes, los pequeños agravios entre compañeros; pero no el árbol que se plantó, ni el sitio en el que fué plantado y al que no se volvió a ver más nunca. ...

Preconiza en cambio "los paseos al aire libre en la plena expansión de la naturaleza, a que los niños deberán concurrir libremente con sus trajes de diario, bajo la mirada amiga del maestro; en que no haya desfile, ni disciplina, ni público que observe, ni carácter de fiesta; realizados en primavera y en otoño y en diversos lugares del país. Estos paseos organizados abren horizontes inmensos en el alma de los niños". Así lo creo yo también. Dice luego como podrían darse prácticamente. La solución no es difícil. Basta que las autoridades escolares quieran realizarlos así.

Del propio modo, para desarrollar el amor por el árbol no es necesario una fiesta única en el año, llena de hermosos discursos y de ceremonias brillantes que después se olvidan. Es menester el terreno en las adyacencias de toda escuela pública y el plantío del árbol y el cuidado del árbol plantado, cotidianamente, por la misma mano. La educación individual, la acción educativa por el ejemplo siempre.

Y así es todo este libro, del que puedo decir finalmente, con toda sinceridad, como el mejor elogio, que hubiera adivinado en su autor, como lo supuse ya, un alma de poeta, porque todas sus páginas, si impregnadas están de dotes de observación finas y sagaces, más lo están aún de cariño por los hombres, el bien y una humanidad mejor y armoniosa...

ALBERTO BRIGNOLE.

BIBLIOGRAFICAS

El vértigo y otros cuentos.—Arturo S. Mom (ilustraciones de Miguel Petrone).—Buenos Aires.—1922.

Cuando se vuelve la última página de este libro no queda el asombro de un descubrimiento; queda, sí, la evidencia de algo no común.

Y ya no hubiera menester más requilorios el elogio, pues cuando alguien descuella en época de literatura pródiga, como la que pasamos, ese autor ya tiene mucho para su crédito.

Sin embargo, nos deslizamos a poner aclaraciones: gustamos elogiar separadamente la técnica del autor, su procedimiento amplio unas veces, de técnica minuciosa otras, mas siempre eficaz en el aderezo de cuanto la sensibilidad del autor gusta proyectar en la del público. Y ya al citar esta sensibilidad gustamos igualmente referirnos a su amplitud, agudeza y lozanía, que de todo ello da sobrada muestra en los cuentos.

El primer advenedizo puede garabatear páginas con temas superiores o folletinescos, condimentarlas a uso lírico o simplemente periodístico. Mas cualquiera no saca de su pluma tan viva sustancia como para retener, en total fervor y avidez, el volandero espíritu del lector.

El libro luce decoración oportuna, que nos parece razonable no dejar sin encomio; decoraciones de lápiz sobrio y experto.—E. B.

"Brasil en su primer Centenario".—Rio de Janeiro.—1922.—323 páginas.

El señor Miguel Cruchaga Tocornal, Embajador de Chile en el Brasil, es el autor de este libro editado en la Tipografía de "Jornal do Commercio", comprendiendo un resumen de los informes pasados por dicho diplomático a su Gobierno.

En realidad esta obra es una especie de guía del Brasil contemporáneo. Sus páginas están cubiertas por nutridas y sintéticas informaciones que ilustran sobre su historia, gobierno, división administrativa y política, población, emigración, agricultura, ganadería, industrias, enseñanza, minería, etc., constituyendo en conjunto un manual bastante completo, de útil compulsas para todos aquellos que se interesen por alcanzar, sin gran esfuerzo y en breve tiempo, una idea general de lo que es el Brasil de nuestros días.

Obras de divulgación como esta deben ser siempre recibidas en América con aplauso, desde que contribuyen en forma eficaz al conocimiento de pueblos hermanos, consolidando de esta suerte los vínculos indestructibles que los unen.

